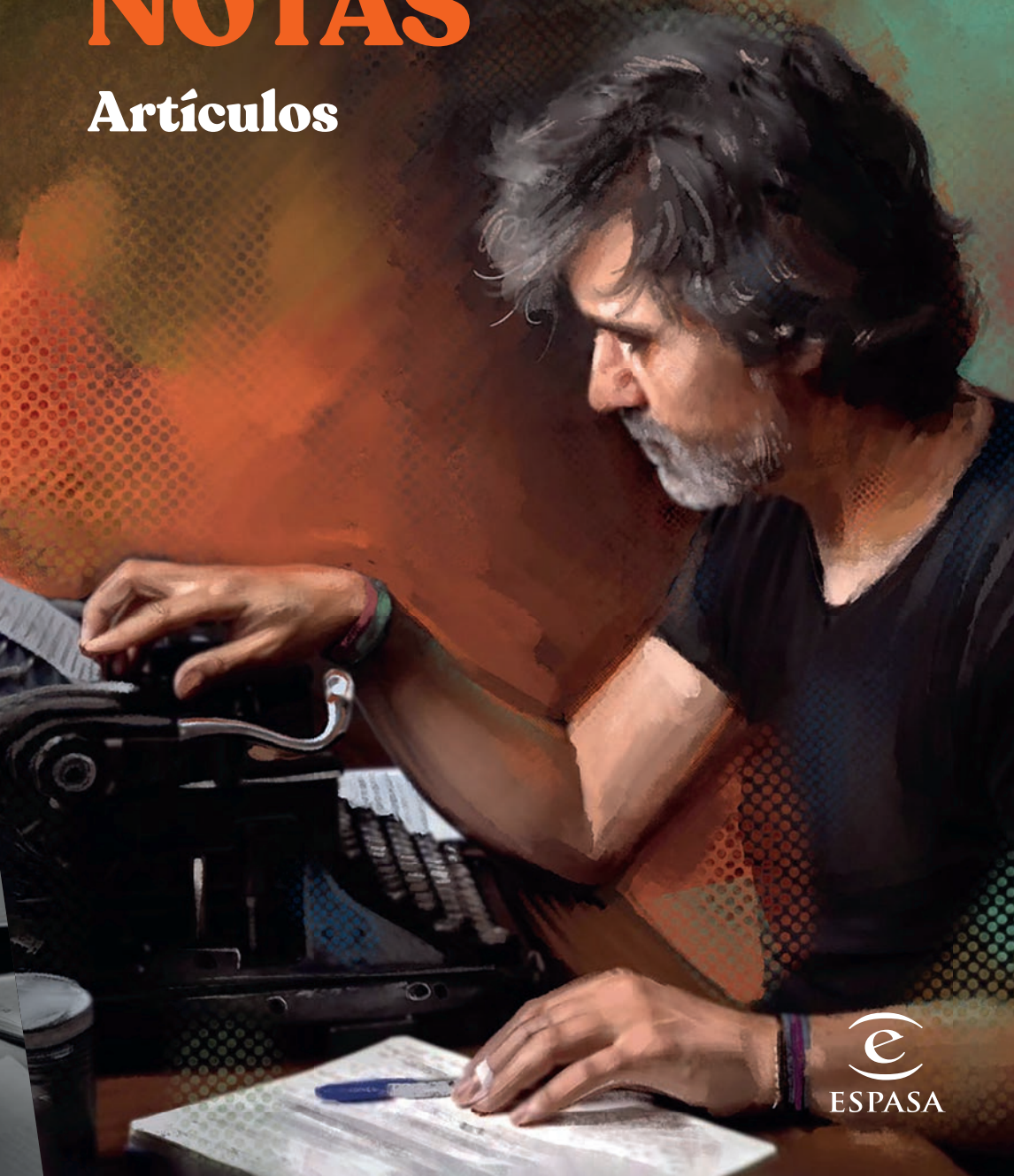


PEDRO SIMÓN

LAS MALAS NOTAS

Artículos




ESPASA

PEDRO SIMÓN
LAS MALAS NOTAS
Columnas y reportajes



© Pedro Simón, 2023
© Editorial Planeta, S.A., 2023
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2023

Créditos fotográficos: pp. 18 y 256, © Carlos García Pozo / El Mundo; p. 64, © Ángel Navarrete / El Mundo; pp. 116 y 290, © Antonio Heredia / El Mundo; pp. 144, 214, 312 y 338, © Alberto Di Lolli / El Mundo; p. 190, © Cata Zambrano / El Mundo; p. 240, © José Aymá / El Mundo

Iconografía: DAU / Grupo Planeta

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 13.614-2023
ISBN: 978-84-670-6978-5

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Huertas, S. A.
Impreso en España / *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

<i>Prólogo. Perdonen las molestias</i>	15
----------------------------------------------	----

EL PERFECTO DESORDEN

Cuando Baba encontró a Julia (reportaje)	19
La buena suerte	23
Jóvenes en la cola	25
Quién empujó a Andrés	27
Cosas que ya no te dicen	29
La llamada	31
Una historia de duelo infantil	33
Le echas de menos	37
La chica que estudiaba a bajo cero	39
Tu perfecto desorden	44
Las tres muertes evitables de los hermanos Ricart Roca	46
Birria de padres	52
Ya voy	54
Los 300.000	56
La vida sin padres de Inés (reportaje)	58

PONERSE DE PIE

Rubén, el <i>sparring</i> : entrenar para que te peguen (reportaje)	65
El puño y la lona	70
El deporte blandiblu	72
La madre del árbitro	74
Un dragón en la banda	76
Echar a pies	77
1x2	79
Elogio del descanso	81
Dios es redondo	83
La pelea del negro	85
Odiar por todo lo bajo	87
El campeón que dormía en el suelo	92
Me cae bien Michel	97

Athletic: el fútbol y la tierra	99
Elogio de la pachanga	100
El boxeador ucraniano salvado por la campana	102
Decir que no	106
Si tienes la suerte de ser del Atleti	108
Cuando el rugby te une hasta la médula	109

UN REDUCTO CONTRA LA BARBARIE

Hay por ahí un niño que se ríe gracias a mi hijo (reportaje)	117
El maestro y el mar	123
Elogio de la memoria	125
Los excelentes silenciosos	127
Enterrados en deberes	129
La jauría contra Natalia. Diez años de acoso escolar	131
Las malas notas	135
Chaval, me gustaría decirte	137
Ir para político	139
El sótano	141

LA VIDA MISMA

El chico que iba a ser bombero y acabó quemado al noventa por ciento (reportaje)	145
Paletitos de ciudad	151
Odio al taxista	153
Perros que comen perros	155
El arte de no hacer nada	157
Marcos y la nieve	159
Los nunca vistos	160
Contra el ruido	162
Bomberos	164
La vida con una pistola	166
Irse a la cama	168
Hondonadas de hostias	170
Tener oído	172
La silla verde	174
El derecho a cagar	175
Contra el neoelector	178

Elogio del caminar	180
Irse a Andorra	181
Qué habría escrito Gistau	186
Maixabel	185
¿Qué cogerías en quince minutos?	187

MALDITOS LIBROS

Laura, violada por su padre hasta los 16 años: «Aún recuerdo el brillo de sus ojos cuando me lo iba a hacer» (reportaje) ...	191
Los que no dejamos libros	197
Malditos libros	199
Para qué sirve un lapicero	201
Elegir un libro	203
Tú estás <i>mazao</i> , eh	205
El cuento con final feliz que salvó a Margarita	207

LAS FELICIDADES PEQUEÑAS

La España vaciada también se queda sin bares (reportaje)	215
El mejor verano de tu vida	219
Memorias del pasillo	221
Elogio de la espera	223
La vida empaquetada	225
Benditas bicis	227
Réquiem por la tele	229
Cerrar el quiosco	231
La última vendimia	233
Para qué sirve un teléfono	235
Jugar con papá	237

CEMENTERIO DE INSTANTES

La soledad exagerada de Isidoro, doce años sin una visita en la residencia (reportaje)	241
La madre muerta	246
Limpiar culos	248
Abuelas del 8-M	249
El taladro	251
Muertos sin flores	253

LATIDOS

Historia de un trasplante con cinco corazones (reportaje)	257
I. La que da: Ángela Orobio, madre de Jeffrey, muerto a los catorce años	257
II. La que convence: Manuela Cid, intensivista en el Hospital Virgen del Rocío (Sevilla)	261
III. El que cuida: Nacho Iglesias, neumólogo en el Hospital Vall d’Hebron (Barcelona)	
263IV. El que restaña: Juan Miguel Gil-Jaurena, cirujano en el Hospital Gregorio Marañón (Madrid)	268
V. El que recibe: Marina Pelayo, madre de Javier, trasplantado de corazón	272
La felicidad era eso	277
Aún dicen que el cole es caro	279
La enfermedad de comer hasta morir (reportaje)	281

MENUDAS PAPELETAS

La extraña familia del cura Jorge: setenta drogodependientes y cuarenta subsaharianos (reportaje)	291
La hidra marxista	296
La hoguera	298
Dimitir de ellos	300
Yo no ronco	302
Si encarceláis a Hasél	304
La neopolítica	306
Un tal Pablo	308

SOBREDOSIS DE CONECTIVIDAD

Una exactriz contra la industria del porno (reportaje)	313
Querido móvil	318
Dejar las drogas	320
Scarlett O’Hara con Tinder	322
Usted es un animal	323
El saqueo intelectual	325
Crónica de treinta y un días sin teléfono móvil	327
La enfermera de los 109.774 trasplantes (reportaje)	332

GIROS DEL DESTINO

(REPORTAJES)

Irene o el aire, historia de una anorexia	339
Freddy, vida de un sicario torturador	347
Roberto, el hombre que resucitó cien veces	352
Vida de la víctima de una manada	356
Aleixo, el niño de fuego: «No puedo describir mi dolor»	361
Pepa, diecinueve meses presa en Argentina por error	366
Un día en el diván de Kenneth	371
Últimos días de Pilar	375

CUANDO BABA ENCONTRÓ A JULIA (reportaje)

En la localidad madrileña de Las Rozas han sido la pareja más extraña jamás vista, el dúo que concitaba todas las miradas, un tándem de arrullos en blanco y negro, esa perfecta simbiosis que eran (son) ella y él y que te recordaba a una aliancita de civilizaciones.

Ella se meaba encima y a continuación él la dejaba como una patena. Ella se ponía a llorar y entonces él la cogía en brazos.

Ella empezaba a andar y él no le soltaba la mano.

Ella comenzaba a hablar y él le enseñaba a decir «mamá» y «perro» y «baba» y «agua», pero también le enseñaba palabras en wólof.

Por aquel tiempo, Julia Etxebarria tenía cuatro meses y esas pintas de niña rubísima y blanquísima de anuncio alemán.

Por aquel tiempo, Babacar Dieye tenía veintiséis años y ya era ese subsahariano llegado en patera que no encontraba trabajo ni respirador.

Lo que son los caminos que se te cruzan, lo que son las vidas que te parten en dos.

En aquel 2010 en que nació la niña madrileña, 70.281 inmigrantes regularizaron su situación en nuestro país. Pero sólo Babacar Dieye lo hizo así: el *au pair* insólito. Gracias a los pañales cagados de ella sacó el senegalés los papeles en limpio.

«Llegó a España en 2006, cuatro años antes de que naciese nuestra hija Julia. Le conocimos en casa de Julián, un amigo profesor universitario que acogía a inmigrantes subsaharianos sin papeles. Antes, Baba había pasado por una ONG jesuita. Era supertímido, muy serio, no se atrevía ni a mirarte. Yo pasaba mucho tiempo en aquella casa de mi amigo, donde en total vivían cinco africanos. Entonces, cuando di a luz a Julia en abril de 2010, los cinco vinieron con Julián a ver al bebé».

La que hace memoria es Esther Pascual, abogada y madre de la niña, quien pronto entendió que aquel chico que no levantaba la mirada del suelo haría mirar alto a la hija.

«Empecé a trabajar. Pero era un caos. Tenía el despacho en casa. Venía un cliente y yo con el cuco a escondidas. La niña se ponía a llorar. Era todo inviable. Lo hablamos un día mi marido y yo: ¿por qué no iba a poder cuidarla Babacar? Porque a él le conocíamos y nos daba más confianza que nadie a quien tendríamos que entrevistar».

Así empezó la extraña pareja.

Con Babacar poniéndole los vestidos del revés. Con el africano vigilándola durante las horas de la siesta, sin apartar la mirada, decía, «para que no le pique ningún insecto».

Se podría haber rodado una buena comedia sólo con la escena inicial: los cinco subsaharianos en casa, con la niña tan blanca, como si fuera una suerte de Mowgli caucásica. A solas. Qué dudas no tendrían. Qué no liarían.

¿Quién era ese chico negro del parque que le hacía pederretas en el cuello a una bebé tan rubia?

¿Qué habían visto esos ojos, qué se había llevado a la boca esa sonrisa, qué habían tocado esas manos que ahora estaban posadas en lo más sagrado que existe?

Antes de ver a Babacar paseando a una niña en un carrito, hubo otro viaje igualmente bárbaro.

Lo empezó en un cayuco desde Yarakh (Senegal). Atrás dejaba siete hermanos y delante de él, en la barca, contó setenta y siete desconocidos. Eso es un principio y no el érase una vez: en los nueve días de travesía que vendrían, vería rozar la muerte a muchos, pero él ni sabía que iba hacia un nacimiento. El alumbramiento de Julia, vale. Pero también el suyo.

Y después de ese viaje, otros más.

«Un gitano me tenía vigilando en una obra nocturna sin contrato. No había día libre. Me dijo que me daría quinientos euros. El primer mes pagó trescientos. El segundo, nada».

Así que, cuando pasó el tiempo y al final caminaba por el parque y la gente se le quedaba mirando y alguno le paraba y le preguntaba que si aquella cría era su hija —supone el cronista que de coña—, él contestaba que sí, que claro que lo era, «Julia es mi hija».

Como el que contesta Julia es mi patria o Julia es mi salvamento marítimo.

Hicieron una fiesta cuando tuvo la documentación para la residencia legal en España. Acabaron borrachos de Fanta y hasta arriba de ganchitos. Hasta que Babacar arrugó la nariz. Era Julia. Aquella tarde se cagó hasta la espalda.

«Empezó a cuidarla cuando sólo tenía cuatro meses, mientras yo trabajaba y paraba para darle el pecho. Venía todos los días de lunes a viernes a las nueve de la mañana. A los seis meses empezó a darle papillas, que me acuerdo que le daba miedo dárselas porque él pensaba

que a ver si se iba a atragantar. Babacar le cambiaba los pañales y la limpiaba con agua y una palangana. La sacaba a pasear... Hubo gente que nos decía que si estábamos locos. En fin. La verdad es que si alguien piensa que sólo lo hicimos para que tuviera papeles, se equivoca. No sólo lo hicimos por eso. Lo hicimos porque necesitábamos a alguien y él era perfecto. Fue un año y medio maravilloso. Somos nosotros los que estamos agradecidos».

Aquel ajedrez cuajó. Y hasta qué punto.

El primer día en que el senegalés llegó a por Julia a la guardería, la educadora llamó a la madre para decirle que allí delante de ella, bueno..., tenía en ese momento a un chico joven, vaya..., con la autorización firmada para recoger a Julia, eso sí es verdad, pero... que aquel chico era..., bueno..., «¡negro!».

«Y bien negro. No esperaban a alguien así. Me entró la risa. Y les dije que se fijasen en lo importante: si se llamaba Babacar o no».

Luego todo fue un cemento nunca visto. Esther Pascual recuerda el día en que hicieron la mudanza a un piso más grande y el grupo de africanos —*au pair* incluido— se personó para ayudar con los muebles. Fue normal que apareciera la suegra a hacerse cargo de la niña durante aquel día del traslado. Lo que no lo fue tanto es que Babacar, a cada rato, tuviera que soltar el tresillo o la cómoda para acudir como único remedio infalible a hacer lo que nadie lograba (ni siquiera aquella abuela): hacer que dejase de llorar el bebé.

No es raro lo que fue pasando: cada vez que la pequeña Julia iba con su madre y veía a un vendedor subsahariano de *La Farola* por la calle, la niña levantaba el dedo índice en el carrito, señalaba al horizonte, trataba de zafarse de las sujeciones y gritaba con alborozo como aquel vigía de Colón al avistar el Nuevo Mundo: «¡Baba!».

El de Babacar —el nuevo mundo con minúsculas de Babacar Dieye— terminó siendo Totana (Murcia), localidad en la que vive desde que abandonó Madrid en 2011.

Nos lo cuenta como el que le escribe una carta a la familia. Trabaja en una empresa frutícola dedicada a la uva. Entra a las nueve de la mañana y sale a las siete y media de la tarde. Gana mil euros. Manda doscientos cincuenta a su madre. Comparte alojamiento con cuatro amigos. Ahora están montando los parrales. Cuando descansa los fines de semana, aprovecha para salir a dar un paseo por el parque y llamar a Senegal. Dentro de unos años, volverá a su país y montará una tienda de ropa. Está lejos de la familia, nos dice, pero está bien. Atentamente.

«Cuando Julia nació en 2010 y Esther me preguntó que si querría cuidarla yo, pensé que me estaba engañando, que se reía de mí... Pero ese día vi que era verdad. Llegué a las diez de la mañana, me explicó lo de la silla, lo de los pañales, todo... Y ya. Luego salí a la calle y pasé mucha, mucha vergüenza, porque todos me miraban... Pero al mes ya no tenía miedo. Al final nunca supe por qué confiaron tanto... Cada vez que lo cuento, cada vez que digo que yo tengo los papeles gracias a gente como ellos, mis amigos *fipan* (sic) mucho, dicen que nunca han visto nada como lo mío».

En la habitación infantil de Julia, todavía tiene una foto de ese chico que se lanzó al mar con setenta y siete para ir a rescatarla.

«Julia es una niña que no tiene ningún prejuicio. No anda con estereotipos. Tiene la mente muy abierta. Le hablas de una persona que cuida a otra y no piensa en el cliché de la cuidadora, en femenino, sino que piensa en un hombre. Tiene delante a cualquier chica y no ve el color ni la nacionalidad, sino a una chica a secas».

En rigurosa exclusiva mundial, la niña que hoy va a un colegio con ciento ocho nacionalidades nos hace unas declaraciones que sólo puede hacer una niña. Una de antes de tener un Smartphone, antes de los once años, antes de ir a peor: «Él me hizo un sonajero de mimbre, yo le hice un hueco en mi corazón» (nos lo ha escrito tal cual, en la mesa de una terraza, y al lado ha dibujado uno).

Cada vez que Babacar habla con su mujer por teléfono, le pregunta por el pequeño Cheikh. Y luego, a 3.800 kilómetros de distancia, se anima a darle consejos: cosas como que el aire se saca dándole unos golpecitos en la espalda o que es mejor que duerma de lado.

El bebé acaba de cumplir cuatro meses, la misma edad que tenía aquella niña blanca cuando él comenzó a ocuparse de ella. A Julia la vio en febrero por última vez. Y le llevó fruta. Y la vio enorme. Y le decía «mi niña». Y se rieron acordándose de cuando le ponía los leotardos del revés. Y se trajo un dibujo hecho por ella que tiene en su cuarto de Totana.

A su hijo no lo conoce todavía.

LA BUENA SUERTE

De todas las cosas obligatorias que uno hace durante el año, la que menos entusiasmo me inspira es la de comprar de forma voluntaria algo de lotería: en casa compramos lotería no porque creamos que nos vayamos a forrar o para entrar en la lista de millonarios de Forbes, sino por lo que nos pasaría si no nos tocara el premio pudiendo haber sucedido. Ya saben, la pesadilla recurrente de que a todos los de la oficina o del bar del pueblo o del grupo de WhatsApp de flamenco o de la familia política, que te pusieron la papeleta en la mano («¿Quieres o no?»), les toca el Gordo y salen en la tele con una botella de sidra y a ti —que vas de lector de Faulkner— no.

Así, en casa nos hemos visto obligados a comprar una pequeña participación de la lotería del bar del pueblo, otra del equipo de fútbol del hijo del vecino, otra más de la tienda de alimentación del barrio, otra del Sindicato de Periodistas de Madrid, otra del periódico, otra del viaje de paso de ecuador de dos universitarios, otra de una amiga que da clases de zumba, otra de una peña atlética, otra de un club de rugby y de un grupo de danza clásica, otra de los cuñados y de la asociación de jubilados, de la empresa de mi primo y hasta de la empresa de un primo de primo; hemos comprado pequeñas participaciones de toda esa lotería, digo, y en casa tenemos la absoluta certeza de que no nos va a tocar nada importante. Nada que no tengamos.

No es un planteamiento pesimista, sino justo todo lo contrario: todo lo bueno, todo lo importante, está un año más en su sitio. Tener a tus hijos sanos, unos ingresos que te permitan llegar a fin de mes, dinero para libros y cañas, a tu gente a mano, Mahous de las verdes en la nevera, un ventanal con vistas a lo lejos, al Cholo en el banquillo del Calderón.

El juez de menores de Granada Emilio Calatayud, que lidia con adolescentes delincuentes y conoce las interioridades de familias de todo tipo, me contaba este verano que con el dinero hay dos problemas. El primero, evidentemente, es que te falte. El segundo, obviamente, es que te sobre.

—¿Cuántos de sus chavales se habrían salvado si sus padres hubiesen tenido dinero? —le pregunté.

—Muchos. Más de la mitad.

—¿Cuántos de sus chavales se habrían salvado si sus padres no hubiesen tenido dinero? —volví a preguntarle al juez.

—Menos, pero también. Tuve el caso de un niño pijo cuyos padres se estaban separando y se fue a atracar un banco. Para llamar su atención.

Si quitamos el soniquete de los bombos con las bolas, si obviamos lo que hay que madrugar si tu medio te envía a cubrir el evento, el interminable cántico de los niños, el hecho de que tú nunca tienes el décimo premiado y el carrusel de escenas *déjà vu* que viene después; el día de la lotería es un gran día: en el sentido de que se hace largo. Pero yo quería hablarles de la verdadera suerte.

Este año, la persona que más he visto presumir de suerte ha sido una mujer llamada Yolanda Obón, que se acababa de quedar en el paro. «No hay nadie que tenga más suerte que yo», me dijo. Y luego Yolanda me explicó que su hijo Guillén había superado un cáncer. Y que ella y su familia son las personas «con más suerte del mundo». No sólo por lo bien que está Guillén ahora, que sólo tiene revisiones cada dos meses. Sino porque nunca en todo este tiempo —ni los compañeros del colegio, ni su profesor, ni el pueblo entero de Monzón— les dejaron solos, a su suerte, y con aquella papeleta en la mano.